

ses, son los archivos del Estado! Inmutables, no se doblegan ante las metamorfosis políticas; merced á ellos puede el pueblo leer, cuando le place, en el alma de esos hombres que, envejecidos en el crimen, toman máscaras de virtud.

Recorramos ahora las vergonzosas adulaciones de Demóstenes. Durante el año en que formó parte del Consejo, jamás; oh, atenienses! se le vió llamar á ningun diputado á los puestos de honor: por la primera y única vez se le vé invitar á los de Filipo: ofréceles blandos cogines; hace tender en torno de ellos tapicas de púrpura; desde que amanece les acompaña al teatro; innobles adulaciones por las cuales le silban! A su partida para Tebas, alquila para ellos dos tiros de mulas, les acompaña hasta esta ciudad exponiendo al escarnio á la nuestra.

Pues bien, ese mismo adulador; oh, atenienses! ese cortesano, tiene noticia el primero de la muerte de Filipo por los espías de Caridemo, y finje un sueño enviado por el cielo. No es de Caridemo de quien el impostor recibió la noticia, sinó de Júpiter y de Minerva. Estas divinidades, á quien el impostor ofende con sus perjurijs, acuden á revelarle en sueños los sucesos futuros. Era el sétimo dia después de la muerte de su hija, y ántes de llorarla, ántes de rendirla los últimos deberes, coronado de flores y vestido de blanco ofrece sacrificios y viola todas las leyes. ;Y acababas de perder á la

primera, á la única criatura que te daba el dulce nombre de padre! No insulto á tu infortunio; estudio tan sólo en esa prueba tu carácter. Atenienses: el que no ama á sus hijos, el mal padre no podrá ser un buen guía para el pueblo. Sin entrañas por los séres más queridos, por su propia sangre, ¿os amaría á vosotros que le sois extraños? Malo para su familia, no podrá ser un buen magistrado; perverso en su casa, no mostró en Macedonia ni honor ni virtud: ha cambiado de lugar, nó de costumbres.

Pero hétenos ya en la segunda época, ¿De qué procede esta metamorfosis? ¿Por qué Filócrates, el complice de Demóstenes, es desterrado como enemigo del Estado, en tanto Demóstenes se levanta de pronto para acusar á sus colegas? ¿Cómo, al fin, ese hombre execrable nos ha hundido en toda clase de calamidades? Esto merece principalmente vuestra atencion.

Desde que Filipo franqueó las Termópilas y destruyó inopinadamente las ciudades de la Fócida; desde que elevó muy alto el poderio de Tebas; desde que llenos de espanto recogisteis vuestros muebles de los campos y amenazásteis con los más graves castigos á los negociadores de la paz, sobre todo, Filócrates y Demóstenes, diputados y autores de los decretos; desde que la falta de armonía separó á esos dos hombres por motivos conocidos; en el trastorno repentino, conservando su natural perversidad,

su cobardía, su ódio hacía un cómplice mejor pagado, Demóstenes pensó que declararse acusador de Filipo y de sus colegas sería perder infaliblemente á Filócrates, poner en peligro á los otros, gauar para sí propio la consideracion de un amigo fiel del pueblo, él, ¡ el perverso, el traidor á la amistad ! Comprendiendo sus intenciones los enemigos del público reposo, se apresuraron á llamarlo á la tribuna, proclamándole el único incorruptible. Entónces vino aquí, arrojó semillas de guerra y de discordia. Ved ahí al hombre ¡ oh, atenienses ! que puso en descubierto á Serrhium, á Doriskos, á Myrtiske, á Ganos y á Ganis, plazas cuyos nombres no eran desconocidos. ¡ Fogoso intrigante ! « Si Filippo no envía diputados, Filipo, dice, desprecia á nuestra República; si los envía son espías y nó diputados. » ¡ Nos da á Haloneso ? « No lo recibais como un donativo, sinó como una restitucion, » exclama ese fabricante de palabras. En fin, corronando á aquellos que contra la fé debida á los tratados, habian invádido, con Aristodemo, la Tesalia y la Magnesia, rompió la paz y atrae sobre nosotros la guerra con todas sus calamidades.

— Sí, pero por la alianza con Tebas y la Eubea, he elevado sobre nuestras fronteras (tales son sus palabras) una muralla de acero y de diamante. — Al contrario, atenienses, con ello nos ha inferido tres graves heridas. Apresúrome á pasar á esa fa-

mosa Liga tebana; pero, para proceder con órden, hablemos ántes de la Eubea.

Habeis sido ofendidos á menudo y frecuentemente ¡ oh, atenienses ! por Mnesarco de Caleis, padre de Callias y de Taurosthene, á los cuales este hombre, audazmente venal, confiere nuestros derechos de ciudadanía y por Themison de Eretria, que nos ha arrebatado á Oropos en plena paz. Pero estos ultrajes fueron espontáneamente olvidados cuando los tebanos descendieron á la Eubea para avasallarla. En cinco dias socorristeis á la Eubea con nuestros bajeles y nuestro ejército; en ménos de treinta redujisteis á los tebanos á una capitulacion. Dueños de la isla devolvisteis á sus habitantes sus ciudades y sus libertades; era ésta justísima y leal devolucion de un deposito; sentiais que su confianza os imponio el perdon como un deber.

Los calcidianos no igualaron el reconocimiento al beneficio. Desde el momento en que volvisteis á Eubea para socorrer á Plutarco, fingieron ser vuestros amigos; pero apenas llegamos á Tamines y franqueamos el monte Cotileo, ese Callias, preconizado por Demóstenes á quien daba un salario, viendo á nuestro ejército encerrada en un desfiladero, del cual sólo victorioso podia salir, sin esperanzas de socorro ni por mar ni por tierra, reunió tropas en toda la Eubea, y pidió un refuerzo á Filipo. Su hermano Taurothene, que hoy sonriendo nos

estrecha á todos la mano, condujo mercenarios de la Fócida, y ámbos cayeron sobre nosotros pensando aplastarnos. Entónces, si los Dioses no hubiesen salvado á vuestro ejército; si todos, jinetes y soldados, no se hubieran conducido como valientes; si el brillante éxito alcanzado cerca del hipódromo de Tamines no desarmara al enemigo. Atenas habria corrido el riesgo de la deshonra, porque en la guerra el mal mayor no es la derrota; pero contra un adversario indigno, la derrota es necesariamente una doble desgracia.

Os reconciliásteis, no obstante, con esos pérfidos. El calcidiano Callias obtuvo su perdón; pero bien pronto la lógica recobró su imperio. Bajo el pretexto de reunir en Calcis un Congreso eubeo, arma á la Eubea contra vosotros, y se abre el camino á la tiranía. Esperando el apoyo de Filipo corre á Macedonia, sigue los pasos del Príncipe, figura entre sus favoritos. Después le ofende, huye y se arroja en los brazos de los tebanos. Abandónalos tambien; más vário en sus vueltas y revueltas que el rio Euripo, cuyas orillas habita, incurre en la ira de Tebas y de Filipo. No sabiendo qué partido tomar, sabiendo que ya se arman contra él, sólo vé un recurso supremo: que Atenas reciba sus juramentos, le llame su aliado, le defienda contra un ataque indudable si vosotros no servís de obstáculo. Combinado este plan envía aquí á Glauceto, Empedon y Dio

doro, cargados de vanas esperanzas para pueblo, y de oro para Demóstenes y sus secuaces. Compraba así tres ventajas á la vez: ante todo la certeza de nuestra alianza, pues si resentidos por sus antiguas perfidias, se la rehusábais, ne tenia mas remedio que refugiarse en Calcis y dejarse prender ó morir, que tan grandes eran las fuerzas desplegadas contra él por Filipo y los tebanos. En segundo lugar, el salario llegaba á los manos de aquél que, con su decreto sobre la alianza, dispensaba á los calcidianos de tomar parte en las conferencias de Atenas. En fin, Callias se hacia exceptuar del pago del subsidio. De todos estos proyectos ninguno fracasó. Ese Demostenes, que se llama el azote de los tiranos, ese fiel consejero del pueblo, segun Ctesifonte, vendió los intereses de la República.

Dijo en el tratado que estábamos obligados á socorrer á Calcis; ¿y qué nos daba en cambio? ¡Palabras! Añadia que Calcis, en caso de ataque, nos socorreria á su vez. Vendió la obligacion de pagar un tributo que debia ser el nervio de la guerra. Veló con los nombres más pomposos las más viles intrigas y os adormeció con estas palabras: «Atenas debe, dijo, ante todo, proteger á todos los helenos que se hallen en peligro, y no ser sus aliados sinó sólo después de haber sido sus bienhechores.»

Era poco el crimen de haber traficado con tan grandes intereses, dispensado la

diputacion, dispensando los subsidios; lo que os voy á decir os parecerá todavía más repugnante. La insolencia y la avaricia de Callias, la venalidad de Demóstenes, ese héroe de Ctesifonte, llegaron á tal extremo que en vuestra presencia con vuestro conocimiento, ante vuestros ojos, ocultaron las contribuciones de Oreos y de Eretria, en junto diez talentos, y después de haber despedido á los representantes de esas dos ciudades, los reunieron de nuevo en Calcis, á lo que se llamaba la Dieta de Eubea; ¿por qué medios, por medio de qué maniobras? Esto merece ser oido.

Llegado aquí, no por medio de representantes, sino en persona, Callias marcha á la Asamblea y pronuncia una arenga preparada por Demóstenes. Dice que llega del Peloponeso; que ha impuesto una contribucion de cien talentos (1) para la expedicion contra Filipo; especifica la cantidad que cada pueblo debe pagar: la Acaya y la Megarida sesenta talentos; todas las ciudades de la Eubea cuarenta. Con esos fondos tendreis una escuadra y un ejército. Muchos otros helenos quieren traer sus contingentes; así, pues, no carecereis ni de soldados ni de dinero.

• Este, añade, es de todos conocido; otras negociaciones me ocupan, pero son secretas

(1) Unos dos millones, trescientos mil reales.

y tan sólo sabidas de algunos atenienses. » Al terminar nombra á Demóstenes, le llama, invoca su testimonio. Avanza este gravemente, prodiga elogios á Callias, se da aires de hombre enterado, y dice que quiere daros cuenta de sus embajadas en el Peloponeso y en la Acarnania. Hé aquí en sustancia su informe:

• He hecho contribuir á esas dos comarcas para la guerra contra Felipo; con ese subsidio, pagaremos cien bajeles ligeros, 10.000 infantes y 1.000 jinetes; además tendreis las milicias de cada ciudad, más de 4.000 soldados del Peloponeso y otros tantos de Acarnania; el mando os será conferido; la ejecucion no se dilatará mucho, puesto que en todas las ciudades se ha anunciado públicamente una reunion general de sus agentes en Atenas para la luna llena. »

Este hombre, como veis, procede de una manera original. Un charlatan ordinario evitaria, cuando mintiese, la precision y la claridad, por temor de ser confundido. Demóstenes, por el contrario, da vuelo á sus imposturas, miente jurando ántes, con horribles imprecaciones contra sí mismo; anuncia atrevidamente lo que él sabe bien no se ha de verificar jamás, calcula la época; cita por sus nombres á personas á quienes nunca vió, engañará su auditorio echándoselas de franco: malvado doblemente odioso por su perversidad y por la falsificacion constante de la honradez.

Después de su discurso da á leer al escribano un decreto más largo que la *Iliada*, más vacío que sus arengas y que su vida, pero lleno de quiméricas esperanzas y de ejércitos que jamás debían reunirse. Cuando os ha hecho perder ya la huella de sus fraudes y esperais el cumplimiento de sus promesas, de pronto se replega, lanza la proposición de elegir diputados que rueguen á los eretrios (súplica realmente necesaria) que den los cinco talentos de impuestos, no á vosotros, sinó á Callías : quiere que otra embajada vaya á rogar á los oritanos que no reconozcan otros amigos ni otros enemigos que los nuestros. En fin, se descubre, cuando añade á todos los fraudes contenidos en su proposición : « Los diputados pedirán á los oritanos que paguen sus cinco talentos, no á nosotros, sino á Callías. » Lo que digo es cierto. Lee ese decreto, pero suprime las frases pomposas, la enumeración de los trineos y todo ese charlatanismo, para fijarte en el secreto robo del impuro malvado que, según Ctesifonte, no se propone otro fin en sus acciones que el interés del pueblo de Atenas. (*Decreto.*)

Así, pues, escuadras, ejércitos, época fijada, hé ahí sus palabras : robo de diez talentos, hé ahí el hecho !

Añadamos que Demóstenes recibió por esa proposición un salario de tres talentos, á saber : un talento de Calcis, por Callías, un talento de Eretna, por Clitarco, por un ti-

rano! y en fin un talento de Oreos. Esto último hizo que se descubriera todo, porque los oreanos, pueblo soberano, no hacían nada sin un decreto. Arruinados, agotados por la guerra contra Filipo, enviaron á Demóstenes á Inosidemo, hijo Carigeno, en otro tiempo poderoso entre ellos, para solicitar la condonación de su talento, con la promesa de erigirle una estatua de bronce en su ciudad. Demóstenes responde que nada tiene que hacer con ese pedazo de bronce y exige la suma por medio de Callías. Así apremiada la indigente ciudad le hipotecó sus rentas y le pagó como interés de un culpable salario, un dracma mensual por cada mina, hasta el pago del capital. Léase el decreto del pueblo que esto prueba. (*Decreto.*)

Ese decreto ¡oh ateniensés! es la vergüenza de la República, la prueba manifiesta de las prevaricaciones de Demóstenes la más brillante acusación contra Ctesifonte. Nó; tan desvergonzadó mercenario no puede ser buen ciudadano, cualquiera cosa que diga Ctesifonte en su atrevida proposición.

Y aquí comienza la tercera época, el período más funesto : entónces Demóstenes perdió á la República y la Grecia, profanando el templo de Delfos, haciendo decretar una alianza injusta y desigual con los tebanos. Hablemos ántes de sus ultrajes á los Dioses.

Atenienses : hay una llanura llamada Cirrha, un puerto hoy día denominado Puerto de las Imprecaciones. Este país fué un

tiempo habitado por los cirrheos y los cravalidas, razas sin freno, que forzaron el templo de Delfos, mancharon las santas ofrendas y ultrajaron á los anfictiones. Mas indignados aún que los otros miembros de esta Asamblea, nuestros antepasados preguntaron al oráculo qué castigo debían sufrir los profanadores: « ¡Guerra á los cirrheos y los cravalidas, respondió el oráculo! ¡Guerra de día y de noche! Llevad á esos pueblos el hierro, el fuego, la esclavitud; consagraid á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva, sus tierras completamente abandonadas; no trabajéis en ellas, ni consentais que otros trabajen. » Conforme á esta respuesta y según consejo del ateniense Solon, aquel hábil legislador y poeta filósofo, los anfictiones decidieron armar á los pueblos para lanzarlos contra los hombres proscritos por los oráculos. Reunidas en bastante número las tropas, vendieron y desterraron á los habitantes, cegaron los puertos, arrasaron la ciudad, consagraron el suelo, según la orden del oráculo, y juraron solemnemente prohibir á ellos mismos y á los demás, toda clase de trabajos en los campos consagrados, defender al Dios y á la tierra sagrada con sus armas sus manos, sus pies y todas sus potencias (1). Pero era poco aún el juramento y lo afirmaron con esta imprecación: « Si hubiere algun infractor de este juramento particular, ciudad ó pueblo,

(1) Fórmula de esta clase de juramentos.

maldito sea por Apolo, por Diana, por Latona y por Minerva! ¡Rehúsele la tierra sus frutos! ¡que sus mujeres paran mónstruos! ¡que sus ganados no engendren conforme á la naturaleza! ¡que sean vencidos en la guerra, en los Tribunales, en las Asambleas! ¡que sean exterminados ellos, sus casas y su raza! ¡que jamás sacrifiquen santamente á Apolo, á Latona, á Diana y á Minerva y que sus ofrendas sean rechazadas! »

Se va á leer el oráculo. Escuchad la imprecación; acordáos del juramento de los anfictiones, el juramento de vuestros antepasados! (*Léese.*)

A pesar de estos juramentos, de ese anatema, de esos oráculos todavía escritos en nuestras tablas, los loerios de Anfisa y sus jefes, hombres sin ley, han cultivado la llanura, reconstruido y habitado el Puerto de las Imprecaciones, exigido un tributo á los navegantes y comprado á algunos oradores enviados á Delfos y entre ellos á Demóstenes. Si, el orador que elegisteis en el Consejo anfictionico, vendió su silencio á los loerios por mil dracmas. Además le prometieron enviarle siempre á Atenas todos los años, veinte minas de ese dinero maldito, para que fuese aquí el celoso protector de los anfisianos. Desde ese crimen, más que nunca, todo particular, todo príncipe, toda República que con él trató, fueron víctimas de irreparables infortunios.

Ved cómo los Dioses y la Fortuna han

trunfado de la sacrílega Anfisa. Bajo el arconte Teofrasto, siendo hieromenon (1) Diogneto de Anafiste, elegísteis pilagoras al famoso Midias, (2) Trasicles y yo el tercero. Los otros anfictiones se reunieron. Los que querian mostrarse b́névolos hácia nuestra República, nos advirtieron que los anfisianos, servilmente sometidos á sus amos los tebanos, proponian se decretase contra el pueblo ateniense una multa de cincuenta talentos, por haber suspendido en el nuevo templo, ántes de su consagracion, escudos de oro con esta inscripcion: *Los atenienses sobre los medos y los tebanos combatiendo contra los helenos.*

El hieromenon me envió llamar y me rogó fuese al Consejo á defender á nuestra República: este era ya mi pensamiento. Obligado por la ausencia de mis colegas, entro y hablo: de pronto, un insolente anfisiano, hombre grosero, quizá inspirado por un génio malo, lanza violentas vociferaciones: « Ante todo, ¡oh helenos! dice, si no estuviéseis locos, en estos sitios no pronunciaríais ni siquiera el nombre de los atenienses; los arrojaríais del templo como malditos. » Al mismo tiempo recuerda nuestra alianza con la Fócida, obra de Crobilos, y exhala contra Atenas otras mil injurias, que no pude oír sin indignacion, cuyo recuerdo me enciende aún. Nunca en

(1) Guardian de los Archivos sagrados.

(2) Orador en el Consejo anfictionico.

mi vida he sentido cólera semejante. Suprimo una gran parte de mi respuesta, pero tuve el pensamiento de recordar las profanaciones de Anfisa, y desde el sitio en que me hallaba, señalando la llanura de Cirrha, dominada por el templo desde donde se la vé por completo: « Representantes de la Grecia, exclamé, ¿veis esos campos consagrados á las dioses? los locrios los cultivan. ¡Esas fabricas, esos establos, ellos los han construido!; ese puerto de maldicion ellos lo han restablecido! ¿Son necesarios testigos? Bien sabeis por vosostros mismos que han levantado impuestos, y percibido dinero sobre una comarca consagrada. » Y al propio tiempo hice leer el oráculo, el juramento de nuestros antepasados, el anatema y protesté, diciendo: « Yo fiel á este juramento, por la salvacion de Atenas, de mis hijos, de mi casa, de mi mismo defenderé á la tierra sagrada con mis manos, con mis piés, con mi voz, con todas mis fuerzas. Vosotros, ¡oh anfictiones! pensad en vosotros mismos. El sacrificio ha comenzado, las victimas están en el altar; vais á invocar el favor de los Dioses sobre vosotros y sobre la nacion. Pero pensad esto: ¿cómo vuestra voz, vuestros ojos, vuestros corazones, osarán rogarles, si dejais impunes á los malditos á quienes han rechazado? Porque la imprecacion designa claramente, sin equívocos, las penas que deben sufrir los profanadores y quienes consienten la profanacion. »

Después de este discurso, del cual sólo cito un rasgo, salí de la Asamblea. Hubo grandes gritos, grande tumulto entre los anficiones. Ya no se trató de nuestros escudos, sine del castigo de los locrios. Habiendo avanzado mucho el día, el heraldo pregona que todos los habitantes de Delfos, de más de diez y seis años, libres ó esclavos, vayan al levantarse el sol á la plaza de las Víctimas, armados de hoces y de azadones; añade que el hieromenon y los pilagoras acudan también en ayuda del Dios y de la tierra sagrada, bajo pena, contra la ciudad no representada, de ser excluida del templo y envuelta en la imprecacion.

Al día siguiente, pues, desde la aurora acuden á la cita; descendemos á la llanura de Cirrha, una vez destruido el puerto. quemadas las casas, nos retiramos. Entretanto los anfisios, que habitan á sesenta estadios de Delfos, caen en grandes masas bien armadas sobre nosotros, y de no haber ganado la ciudad, nuestras vidas habrían estado en peligro.

Al día siguiente, Cotifos, encargado de contar los votos, convoca una Asamblea general; es decir, no tan sólo los hieromenon y los pilagoras sinó también todos los que participan en los sacrificios y consultan al oráculo. Allí se levantaron mil quejas contra Anfisa, mil elogios para Atenas: Para terminar, decretáse que ántes de la sesión del día siguiente, los hieromenon acu-

dirán en día fijo á las Termópilas, provistos de la sentencia de los locrios por su crimen contra los Dioses, la tierra sagrada y los anficiones. El escribano va á leerlos el decreto. (*Decreto.*)

Presentamos una decision, primero al Consejo, después al pueblo reunido. Fueron aprobados nuestros actos, y Atenas entera proyectó una piadosa reparación. Fiel á sus compromisos con los de Anfisa, Demóstenes se opuso; yo lo confundí ante vosotros. No pudiendo engañar abiertamente á la República, nuestro hombre marcha al Consejo, hace retirar á los particulares y lleva al pueblo un proyecto de acuerdo redactado por algun ignorante seducido. ¡El intrigante convierte este acto en decreto nacional con la sancion popular, cuando ya se levantaba la sesión, cuando la muchedumbre se retiraba, cuando yo habia salido, yo que jamás lo habria soportado! Ese decreto dice, en resumen, que el hieromenon de Atenas y todos los pilagoras irán á las Termópilas y á Delfos en las épocas fijadas por nuestros antepasados; palabras especiosas que ocultaban un resultado abominable: nuestra exclusion de la sesión que la necesidad obligaba á abrir ántes del término ordinario. Otra clausula del decreto, todavía más clara y perniciososa, prohíbe á los representantes atenienses tener en adelante nada de comun con los miembros de la Dieta, ni debates, ni actos, ni determinaciones. ¡Nada de comun!

¿Qué quiere decir esto? ¿Haré hablar á la verdad ó á la adulacion? ¿La verdad! porque la costumbre de adularos ha perdido á Atenas. Pues bien, ¡eso era imponeros el olvido de los juramentos de vuestros padres, el olvido del anatema, el olvido de un oráculo divino!

Nos quedamos, pues, aquí encadenados por ese decreto. Los otros anfictiones se reunieron en las Termópilas, excepto los de una sola ciudad que no nonbraré (¡así su desastre no se renueve en ningun pueblo de la Grecia!). (1) La Dieta decretó una expedicion contra Anfisa y eligió general á Cotifos de Farsalia, presidente del escrutinio. Filipo se encontraba, no en la Macedonia ni en Grecia, sino en el fondo de la Escitia; y ¡osará decir Demóstenes que yo lo lanzaba contra los helenos! En esta primera campaña los vencedores trataron á Anfisa con muchos miramientos. No castigaron sus atentados sino con una multa que debian pagar al Dios en un plazo determinado. Desterraron á los anatematizados y á los autores de las profanaciones. Pero como este pueblo, no pagando su sagrada deuda, volvía á los impíos del destierro, y desterraba á los piadosos á quienes la Dieta habia vuelto á su patria, tomáronse de nuevo las armas contra él ántes que Filipo hubiése

(1) Refiérese á Tebas, destruida por Alejandro,

salido de la Escitia, cuando los Dioses nos ofrecian en esta guerra santa un mando que Demóstenes habia vendido.

Pero esos Dioses ¿no nos lo han advertido? ¿Podian enviarnos mayores prodigios, á ménos de hablar el lenguaje humano? No; nunca he visto ciudad alguna más protegida por los Inmortales, ni más arruinada por algunos charlatanes. ¿No era un aviso suficiente ese prodigio que se presenció en la celebracion de los Misterios con la muerte de los iniciados? (1) ¿No nos aconsejó Amniado que enviásemos emisarios á Delfos para consultar al cielo? ¿No fué Demóstenes quien se opuso con esta frase: *el oráculo filipiza* (2), hombre groseramente impío, harto del libertinaje que le habeis dejado gozar? Y tambien osó decir: « Filipo no ha entrado en el Atica porque los sacrificios le han sido contrarios. » ¿Qué suplicis no mereces, destructor de la Grecia? Si el vencedor es detenido por tristes presagios en la frontera de los vencidos, tú que nada supiste prever, tú que lanzaste nuestras tropas ántes que el cielo hablase, ¿qué te se debe dar por las calamidades de la patria: una corona ó el destierro?

¡Ah! ¡cuántos sucesos extraños, inespera-

(1) Refiérese que fueron devorados por monstruos marinos.

(2) Es decir, habla en defensa de los intereses de Filipo.

dos, en nuestros días ! Nó no hemos vivido la vida ordinaria de los hombres ; hemos nacido para asombro de la posteridad. El monarca de los persas que abrió el monte Athos, que encadenó el Hellesponto, que pidió á los helenos la tierra y el agua, que en sus cartas osaba llamarse el dominador de todas las naciones del Poniente y de la Aurora ; combatía por el imperio del mundo ? Nó combate para defender su vida. ¿No vemos en posesion de su gloria y del mundo en la guerra contra Pérsia, á los mismos que han libertado el templo de Delfos ? Y Tebas, Tebas, ciudad vecina nuestra. ¿no ha sido en un día barrida del suelo de la Grecia ? ; Justo castigo de un pueblo que en la causa comun habia adoptado el partido de nuestros enemigos y á quien los Dioses, sólo los Dioses destruyeron tan sólo por haber tocado al botin sacrilego los infortunados lacedemonios, que en otro tiempo aspiraban á la supremacia en Grecia se arrastra en el séquito de Alejandro, muestra el espectáculo de sus miserias, se entrega á su merced ellos y su patria, y esperan su sentencia de la piedad de un vencedor ofendido ! Nuestra Atenas, en fin, el asilo comun de los helenos, á donde las embajadas de la Grecia venian á implorar vuestra proteccion, ; Atenas no lucha ya por la preeminencia, sinó tan sólo por la posesion del suelo de la patria ! Estas catástrofes datan de la fecha en que Demóstenes

entró en la administracion de los intereses públicos. Gran sentido encierra el pensamiento de Hesiodo en esta materia. El poeta aconseja á los pueblos y á las ciudades que rechacen á los malos consejeros. Citemos sus versos, porque si la infancia aprende las máximas de la poesía, la edad madura las aplica :

« De los delirios y de los perversos proyectos de un solo hombre, una ciudad recoge á menudo los amargos frutos. Su pueblo es devastado ; el hambre y la peste acuden para secundar la venganza de los cielos... Sus soldados, sus murallas ya no existen, y las olas ante los ojos del rey de los cielos, devoran á sus escuadras. »

Romped el ritmo poético y buscad tan sólo la idea : no oís á Hesiodo, sinó á un oráculo contra la política de Demóstenes, política funesta que lo ha devorado todo : escuadras, ejercitos, Republicas.

¡No ; ni Frinondas, ni Euribates, ni ninguno de esos antiguos malvados le igualaron nunca en imposturas y en truhanería ! ; Oh tierra ! ; Oh Dioses ! ; Oh génios ! y vosotros, mortales, amigos de la verdad, osais decir que la alianza de los tebanos, no de las circunstancias, no de los temores que les asediaban, no de vuestra gloria, sinó de las arengas de un Demóstenes ! No obstante, ; cuántos otros ántes que él, estrechamente unidos con ese pueblo, habian sido embajadores en Tebas ! El general Trasíbulo, cuyo crédito no tuvo rival en esta ciudad, Leo-

damas de Acarnia, cuya elocuencia tenia tanta fuerza y mayores bellezas que las de Demóstenes; Archidemo de Pela, negociador de poderosa palabra, cuyo celo por Tebas ha ocasionado tantas tempestades; el demagogo Aristofon de Atzenia, acusado de tener sentimientos beocios, y el orador Periandro de Anaflisto, que aún vive. Pues bien, ninguno de éstos logró traernos la alianza de Tebas. Sé la causa, pero ese pueblo es desgraciado, y la callo (1). Cuando Filipo les arrebató á Nicea para entregar esta plaza á los tesalios; cuando después de haber alejado la guerra de la Beocia, la volvió á llevar, á través de la Fócida, ante los muros de Tebas; cuando, en fin, dueño de Elatea, la fortificó y guarneció de tropas: entónces, viendo el peligro á sus puertas, los tebanos nos llamaron, y vosotros os pusisteis en marcha, entrásteis en Tebas, jinetes y soldados, armados, prontos á combatir, ántes que ese hombre hubiese escrito una palabra acerca de la alianza. ¿Quién os hizo penetrar en esa ciudad? Fué el espanto público, la necesidad de una confederacion; no fué Demóstenes. Demóstenes en sus negociaciones, os ha causado tres enormes daños. Hé aquí el primero:

Filipo os llamaba sus enemigos pero su

(2) La causa era que Tebas fué adicta á Pérsia y á Macedonia.

rencor hácia Tebas era más positivo; el suceso que lo habia probado me dispensa de otras pruebas. Demóstenes os ha ocultado tan importante disposicion de ánimo, y haciendo creer que alianza era obra, no de las circunstancias sinó de sus embajadas: « No discutais, decia al pueblo, las condiciones de ese tratado: demasiado dichosos seremos si lo terminamos. » Entregó la Beocia entera á los tebanos, consignando en un decreto que si alguna ciudad se separaba de ellos, Atenas socorreria á los *beocios de Tebas*; bellaquería en las palabras y en los hechos alteraciones que le son familiares, ¡Como si la Beocia, oprimida en realidad, debiérase aliviar con las palabras de un Demóstenes, y no irritarse con sus propios dolores! Enseguida, os cargará con dos terceras partes de los gastos de la guerra, aunque alejados del peligro, no gravando más que una tercera parte á los tebanos, reparticion por la cual fué asalariado. En cuanto al mando lo hizo comun en el mar, no obstante que los gastos pesaban sobre vosotros solos: el de tierra lo entregó por completo á los tebanos, si bien durante toda la campaña Stratócles, vuestro general, no pudo proveer á la declaracion de sus soldados. Y no le acuso en medio del silencio de los demás: lo que digo, todos lo censuran; ¡y vosotros que lo sabeis no os indignais! Sí, tal es vuestro ánimo respecto á Demóstenes. La costumbre os hace mirar con indiferencia sus

crímenes. Preciso es cambiar, atenienses; preciso es que os indignéis, y castigéis si deseáis salvar los restos de la República.

El segundo daño que os ha causado, más grave aún, es el de haber llevado á Tebas, á la ciudadela, el asiento del consejo y de la democracia ateniense, estipulando en favor de los jefes beocios la participacion en todos los asuntos de Atenas. Con este engaño se hizo tan poderoso que, de lo alto de la tribuna, aseguraba que sin que le concediéseis mision alguna, él iría por donde tuviese á bien en calidad de embajador vuestro. ¿Osa contradecirle un general! Tratando á nuestros jefes como esclavos, y acostumbrando al silencio á la oposicion, amenaza con hacer decretar la preeminencia de la tribuna sobre la espada; « porque, añadía, yo os he prestado más servicios en la tribuna que los generales bajo las tiendas de campaña. » ¡Y en las tropas extranjeras ha robado el sueldo de las plazas vacantes! ¡Ha saqueado una caja militar y vendido diez mil de esas tropas auxiliares á los anfisianos! A pesar de mis protestas, á pesar de mis vehementes quejas en las Asambleas, nos arrebató esas tropas, y después emprendió campañas en que la República quedó desguarnecida. ¡Ah! ¿cuáles podrían ser los deseos de Filipo, sinó combatir separadamente, aquí á las tropas atenienses, cerca de Anfisa las bandas extranjeras, y caer enseguida sobre los helenos desanimados por tan terrible golpe? ¡Y el

autor de tantos males, Demóstenes, no se da por satisfecho con la impunidad; si no se le ciñe la frente con una corona de oro, se indigna! No le basta ser proclamado entre vosotros; ¡si su nombre no es saludado por la Grecia entera, está descontento! ¡Tan cierto es que un ánimo perverso, del poder usurpado hace instrumento de públicas calamidades!

Pero su tercer atentado es el más horroroso. Filipo no despreciaba á los griegos; sabía aquel principe insensato que iba á aventurar, en un momento, toda su fortuna en los azares de una batalla. Tambien deseaba la paz y se disponia á enviarnos una embajada. Por otra parte, los magistrados de Tebas mostrábanse temerosos ante el próximo peligro; miedo bien fundado, porque se aconsejaban, no en un cobarde charlatan, desertor de su puesto, sinó en la guerra de la Fócida, guerra de diez años, leccion de perpetua memoria, Viendo Demóstenes esta disposicion de ánimo, sospecho que los beotarcas iban á hacer solos la paz, y recibir, sin contar con él, el oro de Macedonia. Entónces este hombre, que se hubiera considerado digno de la muerte si no hubiese acudido al botin, acudió de un salto al seno del pueblo reunido. Nadie se decidió allí ni por la guerra ni por la paz; pero él, esperando que los jefes beocios le trajeran una parte del ignominioso salario, jura por Miner-va; oh Fidias! ¡pudiesera hacer cómplice

á esta diosa de la rapacidad de un Demóste-
nes? y jura coger por los cabellos y arras-
trar á una prision á quien quiera que habla-
se de paz con Filippo: imitador fiel de ese
Cleofonte que en la guerra con Lacedemonia
arruinó, segun se dice, á la republica. Sin
embargo, los magistrados de Tebas no le
prestan oido, y para que votaseis la paz, ha-
cen volver á los soldados que habian ya par-
tido. Entónces acaba de perder la cabeza;
lánzase á la tribuna, llama á los beotarcas
traidores á la nacion, y declara, él que nun-
ca vió cara á cara al enemigo, que os vá á
hacer decretar una embajada á Tebas, para
solicitar el paso contra Filipo. Vencidos por
la vergüenza de parecer, en efecto, traidores
á la Grecia, esos magistrados renuncian á
la paz y apresuran los preparativos de la
guerra,

Y aquí es justo conceder un recuerdo á
los valientes que, á pesar del aspecto amena-
zador de las victimas inmoladas, á pesar de
los siniestros presagios, precipitó Demóste-
nes en un peligro manifiesto, y a quienes ese
desertor fugitivo osó hollar en su tumba
consagrándoles el elogio de su valor. ¡Oh tú,
el más incapaz de los hombres para una ac-
cion viril, el más atrevido en palabras! ¿Te
atreverás á afirmar ante tus conciudadanos
que te deben conceder una corona por los
desastres causados á la República? Y si lo
dice, atenienses, ¿lo sufriréis? ¡Ah! traspor-
táos de este tribunal al teatro; ved avanzar

al heraldo, oid la proclamacion que va á ha-
cer en virtud del decreto; después preguntad
si los parientes de tantos muertos verterán
más lágrimas que sobre esos héroes infortu-
nados, sobre la ingratitud de la patria.
¿Hay un solo heleno, un solo hombre edu-
cado en la libertad, que no gimiera al re-
cuerdo de una ceremonia que en otro tiempo
tenia lugar en el teatro, en los mismos dias,
ántes de esas mismas tragedias, cuando Ate-
nas tenia mejores jefes y mejores leyes? **A**
Avanzaba el heraldo y presentando á los
huérfanos cuyos padres habian muerto en
la guerra, adolescentes adornados con arma-
duras completas, pronunciaba estas palabras,
tan hermosas y admiradas: « He ahí á los
hijos de los valientes que han perecido en
los combates. El pueblo los ha criado hasta
su pubertad; y ahora los arma, los envía
bajo la proteccion de la fortuna, á sus par-
ticulares tareas, y les invita á los puestos de
honor. » Así hablaba entónces el heraldo;
pero hoy, cuando presente á aquel que ha
hecho huérfanos á esos niños, ¿qué palabra
pronunciará? En vano recitará todas las dis-
posiciones del decreto, pues la odiosa verdad
no enmudecerá; á la voz del heraldo opon-
drá su voz: « ¡Este hombre, si es que esto
es un hombre, exclamará, es coronado por
el pueblo de Atenas por su virtud, él, vicio-
so y mal ciudadano; por su noble carácter,
siendo un cobarde desertor! » ¡Por Júpiter!
¡por todos los dioses! os conjuro; oh, ate-

nienses! para que no levanteis sobre la escena de Baco un trofeo á vuestra deshonra; no mostreis á todos los griegos el pueblo de Minerva delirante; no recordeis sus irreparables miserias á esos tebanos, por él fugitivos y por vosotros amparados; ¡infelices que han perdido templos, hijos, tumbas de sus mayores por la venalidad de Demóstenes y por el oro del gran rey! Puesto que no habéis visto su desastre, imagináoslo: representáos una ciudad asaltada, sus muros derruidos, sus casas incendiadas, madres y niños reducidos á la esclavitud, ancianos y ancianas perdiendo la libertad en los últimos días de su vida, bañados en lágrimas, implorando vuestro auxilio, exhalando su cólera, no contra los ejecutores, sino contra los autores de tan cruel venganza, suplicándoos con moribunda voz que no coroneis al azote de la Grecia y que os libreis del génio fatal que sigue á ese hombre funesto. Porque nunca una ciudad, nunca un ciudadano se sometió á los consejos de un Demóstenes impunemente. ¡Cuando una nave de Salamina sin culpa de su piloto, naufraga en el viaje, una ley prohíbe á ese hombre el ejercicio de su profesion, con el fin de que nadie juegue con la vida de un heleno, y á ese hombre, que ha hundido á Atenas y á la Grecia entera en el abismo, le dejareis empuñando el timon del Estado!

Para venir á la cuarta época, es decir á nuestra situacion actual, quiero recordaros

que Demóstenes ha abandonado su puesto, como soldado y como ciudadano. Se embarcó en una de nuestras galeras y marchó á auxiliar á los helenos. La inesperada salvacion de nuestra ciudad volvió á traerlo. Temblaba el pobre hombre los primeros dias. Se acerca medio muerto á la tribuna y os pide la eleccion de un *guardian de la paz*. Pero vosotros, que entónces no permitiais que se inscribiense el nombre de Demóstenes en los decretos, nombrásteis á Nausicles, ¡y hoy Demóstenes pide una corona! Muerto Filipo, nombrado rey Alejandro, comienza sus trapperías, eleva altares á Pausanias (1), compromete al Consejo con sacrificios á la dichosa noticia (2), llama á Alejandro un *adolescente*, afirma con audacia que no se moverá de su Macedonia, dichoso con pasearse por Pella y examinar las entrañas de las victimas. « Esto no es una simple conjetura, es la firme conviccion de que el valor es el precio de la sangre. » Así hablaba quien no tiene sangre en las venas, y que media á Alejandro, no por la talla de Alejandro, sino por su propia bajeza. Los tesalios habian resuelto marchar sobre Atenas; el *juvenzuelo*, en el primer arranque de su justa cólera, habia acometido á Tebas; Demóstenes, entónces embajador elegido por vosotros, en medio del Citeron vuelve grupas y huye,

(1) El asesino de Filipo.

(2) De la muerte de Filipo.